

# La música de las esferas

Angelina Muñiz-Huberman

*Con su poema Liber Scivias, Claudia Posadas se sitúa como una de las voces más destacadas de nuestra lírica actual. Angelina Muñiz-Huberman celebra la aparición de este libro con un agudo ensayo donde destaca los hallazgos de la poeta mexicana.*

El título de Claudia Posadas proviene de la obra de la mística del siglo XII, Hildegard von Bingen, *Liber Scivias*, en el que relata sus visiones e incluye miniaturas y cánticos. Desde este momento sabemos que el presente poemario entra en el mismo orden. Sin embargo, la experiencia mística que propone Claudia Posadas se extiende aún más, incluyendo la alquimia, el catarismo y el gnosticismo. La palabra *scivias* proviene del latín: “Scito vias Domini”: conoce los caminos del Señor. Y los caminos de la mística son inesperados. Estos caminos son los que se exponen a lo largo de las tres partes del libro o tres vías del conocimiento divino: purgativa, iluminativa, unitiva.

Se trata de poemas unitarios en torno a una búsqueda metafísica no sólo de la palabra divina, sino de la humana. Persiste una melancolía por aquellas manifestaciones religiosas que la ortodoxia proscribió. Un conocimiento de sus raíces y de su debatirse en identidades perdidas. Un camino, una vía, cuya originalidad y otredad tuvo que ser aniquilada por las mentes unidireccionales. Una pérdida de lo que pudo ser si los rumbos de la Historia hubieran sido flexibles. Si bien nada puede cambiarse, lo que sí se puede es no olvidar y rescatar esos ritmos antiguos perdidos. Y ésta es la idea y el sentir de Claudia Posadas en su libro<sup>1</sup> merecedor del Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2009.

<sup>1</sup> Claudia Posadas, *Liber Scivias*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2011, Colección Hechos en Palabras, Serie Premios, 25.

Un libro de esmerada factura, desde la portada con la miniatura medieval que muestra a Christine de Pizan en el alto escritorio, por cierto, zurda, en un deseo de desmitificación, con el cálamo, el tintero, la perseverancia del caracol, la fidelidad del perro, los pilares de la fortaleza, el arco, las flores místicas, el umbral, la ventana a la imaginación, el ángel inspirador, la almena, la columna florida, la interioridad y la exterioridad al unísono. Un atisbo a la vida meditativa.

Luego, al abrir el libro, la calidez del papel, epígrafes y dedicatorias desde la nobleza. El comienzo, en oposición a lo esperado, con las dos primeras palabras en letra mínima, letra humilde, letra en ascenso, letra que da el tono, como el afinar de un instrumento antes de que suene la melodía. Un rito que establece su pauta.

*Purgatio* es la primera parte, donde afloran el origen, la soledad, el hilado de cada palabra. Palabra y palabra que nacen para convertirse en obsesiva guía a lo largo de los poemas. Palabras clave que habrán de ser sujetas a la maleabilidad y a la multiplicidad: íngrimo, magma, odio, miedo, silencio. La casa en el bosque, necesaria en toda historia que recoja el tiempo antiguo, el de la misteriosa infancia, el que nunca podrá ser abarcado. La infancia como el germen de toda posible nostalgia:

Era el tiempo en que el mundo no había cubierto  
[nuestros ojos con su bruma  
y los frutos del reino estaban al alcance de estas manos  
cuya línea del corazón aún no era la herida;  
era un jardín secreto que para nosotros era un bosque

y era también el sol de los veranos reflejándose en  
[nuestros gritos de alegría,  
en nuestras rondas eternas y veloces como abandono  
[al giro de la Tierra.  
Era un asomarse a la fontana en medio del jardín  
(pp. 22-23).

Ese jardín hecho bosque con el ritmo de la infancia:  
“esferas y cometas llevando en su cauda nuestros mensajes para el infinito” ... “y sobre todo aquel sesgo en el mirar de los otros” (p. 24). Pero también el duelo y el llanto, la araña que fue ovillando su hilar “hasta perder la trama y ser una espesura”, como lo sería, años después, el camino de la poesía. Los hallazgos mágicos de toda infancia: la piedra de la suerte, la flor blanca, el sosiego. Los sonidos permanentes: el canto del grillo, la gota de lluvia, las voces en el pasillo. Las luciérnagas apresadas iluminando toda estancia. El escondite elegido y por nadie descubierto. La mirada al cielo y las estrellas que señalan la anhelada Ciudad de Oro. Hasta que un día la casa es asiento de las ruinas, ruinas como la esencia de un lugar sagrado. Y como lugar sagrado su pérdida es irreparable, sólo evocado por el toque del campanario. Ya empieza, desde entonces, la visión mística y la palabra provenzal, *ànimes*, anticipo de épocas perdidas que pugnan por renacer.

Si el principio es un paraíso, poco a poco, se filtra lo que debe ser purgado: el miedo, el odio, la amenaza. El jardín y la casa se transfiguran y el mal brota y crece por las paredes, por los resquicios. El remedio es la salida, la expulsión:

Yo soy la fuga entonces,  
y ya la casa se pudre a lo lejos  
(p. 38).

El arte de la melancolía se refleja en el poema “*Hesperus*”, como sinónimo de la primera estrella del atardecer, Venus, y de la ambigüedad entre *Hesperus* y *Phosphorus*, su hermano, estrella del amanecer, dadora de luz, por otro nombre Lucifer. En este poema el cambio de la estructura poética, la forma que se diluye, se espacia o se reconcentra, anuncia ya la posibilidad de una vía mística que elimine el peso de la terrenalidad y se dirija hacia un nuevo espacio luminoso. Es también el poema que evoca la simbología mística de un San Juan de la Cruz o de una Santa Teresa con el castillo, las almenas, las torres, el trono, las potestades, las virtudes, la rosa.

En el camino ascendente, la noche es la reina de los significados. Su silencio, su misteriosa luz de estrellas y luna es, ante todo, el umbral entre lo conocido y lo desconocido, la frontera entre la vida y la muerte. Los términos alquímicos afloran. Nigredo es el proceso inicial de la obra alquímica, el momento negro de la destruc-

ción o putrefacción para dar a luz la nueva materia. La muerte como estado necesario para el renacimiento. Es la figura de los amantes en la tumba o el hermafrodita.

La noche se vuelve a oscurecer,  
a constreñirse en el corazón de su *nigredo*:  
se diluyen las formas, vencidas en su continencia  
[del día,  
y algunos objetos pierden su aparente equilibrio  
(pp. 46-47).

En la noche es la luna la regidora. Sus mares y lagos, de la tranquilidad, del néctar, de la perseverancia dan sentido a cada estado de ánimo. Suena, entonces, la música de las esferas. Música que ha de ser esencial en la unión de mística y poesía. Aparecen también, por primera vez, los ecos de las herejías aniquiladas: imágenes en torno a las fortalezas, los castillos, los alcázares: “aquella Ciudad envuelta en sus murallas que solía esplender en las alturas” (p. 51). Y recordamos las ciudades impolutas de los albigenses y sus plegarias.

Al lado del vocabulario alquímico se agrega el medieval nostálgico: tahalí, fortaleza, muralla, campanario, crisol, cáliz, laberinto, arpa, laúd, clavecín. La melancolía se ensancha y la presencia de “*Phosphorus* de todo principio” (p. 62) se establece en la visión de la Ciudad de Oro, precaria, a punto de desaparecer.

Es en este momento, cuando empieza la segunda vía, o “*Illuminatio*”. La visión es más clara y la fortaleza-refugio de los perseguidos herejes se amuralla ante el frío y el silencio. El yo de la poeta es parte de la historia y se incorpora a los sitiados. Su alma liberada se refleja en el pozo, símbolo de la salvación y la contemplación, por medio del elemento del agua.

Observar en albo esplendor bajo el fluir noctiluciente  
[del polvo de estrellas,  
un pozo en medio de la plaza,  
lapídeo,  
y sin embargo es como la joya a punto de emanar su  
[iridiscencia  
(p. 72).

El proceso iluminativo avanza descubriendo talismanes, torres abolidas, con la “luz y guía” sanjuaniana. Aparece la Rosa como símbolo alquímico de la obra perfecta y la culminación del *rubedo* o etapa final.

Pero alquimistas, cátaros y gnósticos son los perseguidos de la Historia y sus fortalezas caerán al empuje de la ortodoxia inquisitorial, torturando y matando. Tal es el poema “De las tortuosas maquinarias”.

cuantas veces,  
antes de que nombraras el rostro de su miedo,

los verdugos te negaron sus banquetes y sus puertas,  
o cerraron su sarcófago en tu sangre  
(p. 96).

Y en el poema “Las furias”:

porque nadie atiende las palabras salvadoras,  
porque la razón se ha quebrantado,  
y porque todo asomo de pureza,  
todo,  
se pervierte en su amargura  
(p. 100).

Los títulos de otros poemas van marcando el ritmo de la vía iluminativa, que tiene avances y retrocesos, a la manera teresiana, y claroscuros también. Así, “La cárcel que no cesa”, recuerdo de Miguel Hernández: *El rayo que no cesa*, irrumpe en la devastación y el caos. Como si la ansiada luz fuera sólo un espejismo en la lejanía, “un colorido engaño” a la manera de sor Juana Inés de la Cruz.

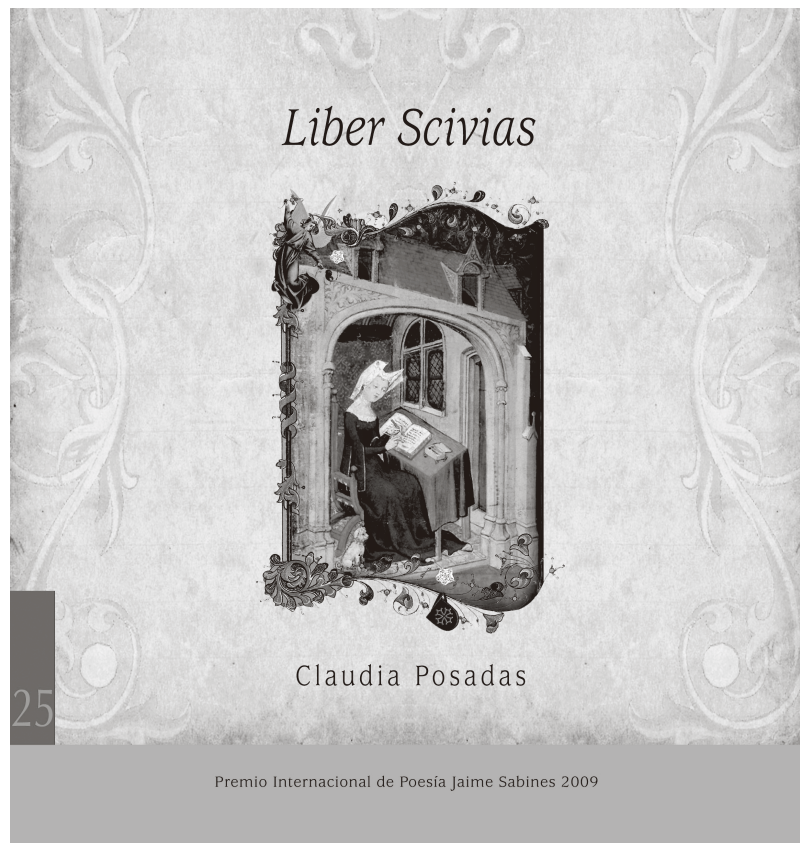
Para terminar esta parte con la cruenta matanza de los albigenses: “*Lament Occitan*”, en forma de saeta.

Los inquisidores ofrendan su copa a sus demonios,  
su *dictum* se ha pronunciado:

*Tuez-les tous. Dieu reconnaîtra les siens!...*

Pero la blancura de la *Ròsa* en el Ara será la joya latiendo al final de la hoguera (p.128).

Y así llegamos a la tercera vía, “*Unio*”, en la cual se recogen las palabras que han ido transmutándose en sus varios contenidos en ese su vuelo ascendente hacia la unión mística definitiva. Parte del “*Scriptorium*” o lugar recóndito, cálido, en el silencio de la escritura y la iluminación de los manuscritos medievales. Donde se reconcentra la meditación y la imaginación. Donde espíritu y habilidad manual se unen también místicamente. Esa voz de lo alto que dicta a la mano, como decía Teresa de Jesús. Esa voluntad de escoger los pigmentos de color sin una explicación lógica: por absoluto sentimiento e inspiración. Esos trazos guiados por un diseño inalcanzable. La vía unitiva de todo artista sentado ante su escritorio, humilde y poderoso intermediario, de sólida madera y paciencia asumida, que todo lo aguanta. En el escritorio ocurren los milagros: es ahí donde aparecen los castillos, el claro del bosque, la infancia recuperada. Donde fuego, aire, agua y tierra se derraman. Donde Lucifer-*Phosphorus* reverbera. Donde el alquimista trabaja y el músico canta. Donde vida y muerte se dan la mano. Un breve espacio donde el horizonte se manifiesta en su inabarcabilidad. Donde suena el campanario. Donde la gra-



cia y la piedad se revelan. Donde el huevo filosofal adquiere su forma.

El resto de los poemas enumeran la invención de las palabras y su nuevo sentido: astrólatra, sidéreo, temple, sándalo, cofre, niebla, umbral, plegaria. Misterios como “Antychitera”, extraño mecanismo hallado en un naufragio, especie de reloj o de astrolabio o de calculador astronómico que le sirve a Claudia Posadas para indagar en lo indescifrable del Universo y su duplicidad ciencia-ficción. Las ciudades de la tierra y las celestes. La Tierra de Promisión y la Jerusalén en espejo, arriba y abajo. Los procesos del alquimista ante su atañor y entre sus retortas y alambiques, construyendo un mundo de espíritus atrapados, de sueños realizados. De fondo, la música celestial y la terrenal con la evocación de los cánticos albigenses que recupera Jordi Savall. Para culminar con los montes sagrados: Montserrat, Montségur, Montsalvat y las leyendas del Santo Grial.

*Liber Scivias* es un largo poema estructurado a partir de las vías místicas, del conocimiento del alma, que destaca por su visión, su profetismo único, hasta su tono apocalíptico y revelación de sellos a la espera de ser abiertos. Agregaría que es un poema rebelde, inquietante, en términos zambranianos: en el delirio, y portador de luces que desde el pasado nos alumbran aún.

Ante un panorama como el actual, donde lo espiritual y lo bello se han vuelto incomprensibles y, me atrevería a decir que, inaceptables, un poema como el presente es un sosiego para el alma y para quienes aún creen que existe la esperanza de la salvación. ▣